



LA CASA DE LA LUNA VIVIR EN LA CALLE

ARRELS FUNDACIÓ

EL HOMBRE CEBOLLA

“MIRAR I AMAR”

“CALLE MELANCOLÍA”

DOS MESES EN EL PARAÍSO

¿POR QUÉ...?

QUE DIOS REPARTA SUERTE

EL PEREGRINO

EPÍLOGO: “VENID, BENDITOS DE MI PADRE

“Dejar memoria de estas vidas es el último y mínimo homenaje que les podemos rendir. Cristianamente hablando, ellos son los verdaderamente importantes: no los que ganan partidos de fútbol o celebran bodas regias.

A la vez, debemos dejar constancia de que hay otros miles así. Y que todo indica que irán aumentando, mientras vivamos en un sistema económico que hace de la precariedad laboral un medio óptimo para crear riqueza”.

“El mar no rechaza ningún río”

Proverbio afgano

A menudo, por las calles de nuestras ciudades, nos cruzamos con personas que no conocemos de nada. De hecho, es lo más habitual. A pesar de que algo en su forma de caminar, de vestir y de comportarse despierte nuestra curiosidad, nunca nos paramos.

Quizás existe una situación en que este hecho se acentúa: las personas sin hogar. En relación a ellas especulamos, fabricamos historias y nos hacemos preguntas: ¿Cómo se llamará? ¿Qué le ha llevado a vivir en la calle? ¿Y su familia? ¿No puede trabajar? ¿No come? Por la noche, con esta humedad, debe pasar un frío... ¿No les ayuda nadie?

Preguntas sobre los porqués, preguntas sobre lo que ha hecho y lo que no ha hecho y, finalmente, preguntas sobre qué puedo hacer y sobre qué hago o no en realidad.

Es posible que este cuaderno os ayude a responder a algunas de estas preguntas. O no. Hallaréis trozos de vida de personas que están o han estado viviendo en la calle. Cada uno de los relatos es fruto del encuentro entre dos miradas: la del protagonista de la historia y la del que la relata. Son trozos de vida recogidos en las conversaciones entre dos personas, sin la obligación de recordar, explicar y justificar aciertos y errores.

Precisamente acoger, conversar y acompañar sin prejuizar es uno de los principios del ideario de Arrels Fundació¹. La entidad ha sido, de alguna manera, el punto de encuentro de las personas que han hecho posible este cuaderno.

Siete relatos. Trozos de siete vidas. Personas que han hecho de la calle su mapamundi habitual. Debemos destacar que a pesar de que Arrels prioriza la atención a las personas que se encuentran en una situación más extrema, las afectadas por el problema de la vivienda son muchas más: inmigrantes recién llegados, niños, colectivos nómadas, personas que malviven en solares o en espacios semi-abandonados e, incluso, las que viven bajo techos que no reúnen las mínimas condiciones de salubridad. En este sentido, los sin hogar que vemos malviviendo en las calles, representan un porcentaje reducido respecto al colectivo de personas que viven en circunstancias de exclusión de la vivienda. Para ellos, tal y como expresan, “lo peor es la soledad”.

Cada una de las historias que relatamos a continuación pone el acento en la situación actual de la persona, en su salud, en su simpatía o en su proceso, pero hay muchas otras que viven una situación de exclusión discreta y anónima. Viven en una soledad absoluta.

“Hay que hacer algo”. Nos lo comentaba el familiar de una mujer que malvivía cerca de la estación de Sants de Barcelona. Hay que hacer algo. Quizás, y para empezar, acompañar. Acompañar en el sufrimiento discreto, comprender respetuosamente la situación de cada uno. Hay que hacer algo para mejorar sus condiciones de vida y, finalmente, es necesario evitar que se aboque injustamente a personas y pueblos a la exclusión social, cultural y económica.

Afortunadamente, cuando duermes al raso, la luna no hace discriminaciones de ningún tipo. Por la noche, nos acoge a todos en su casa: hombres, mujeres, ricos, pobres, jóvenes, grandes, extranjeros. Acoge a los que son capaces de lo más sublime y a los pequeños y grandes miserables. A los que claman al cielo y a los que viven de espaldas a él. Es la casa de la luna.

Al hombre cebolla, a Emiliano, Gabriel, Alfons, Antonio, a Lola y a José: muchas gracias por dejarnos compartir vuestras vidas.

1. EL HOMBRE CEBOLLA

~~El hogar es mucho más que el techo que nos cobija. En él encontramos el afecto, la comprensión, la tolerancia... el perdón. De techos hay muchos, pero necesitamos el que acoja nuestra intimidad, nuestros amigos. Cuando nos vamos de casa, nos llevamos en la maleta la experiencia que hemos vivido. Pero si irse es consecuencia de una ruptura fuerte con los que se supone que amas y te aman, la maleta empieza a pesar. A algunos, incluso demasiado.~~

“No te asustes nunca, pase lo que pase”. Esta frase me la dijo el hombre cebolla una tarde de mucho calor, mientras encadenaba palabras y atizaba el bastón como si fuese una extensión de su brazo. De hecho, mataba los dragones de siempre: el padre, la mujer, el hijo y el alcohol. Dragones inmensos, invencibles. Crueles. ¿Eran crueles realmente? No lo sabemos, pero la lucha contra estos recuerdos-dragones sí que lo es. Siempre están, no lo abandonan nunca. “No los puedo borrar”.

El hombre cebolla nació al pie de una montaña de Barcelona en una barraca barata, húmeda y enferma. Enferma de pobreza, de alcohol y de malos tratos. “En casa éramos nueve: padres, hermanos, tíos y primos”. Las únicas princesas de su vida fueron su madre y su hermana. Su padre, no. “Cuando yo nací, él ya estaba enfermo. Era muy trabajador, pero un Pinochet en pequeño, un producto del franquismo. Bebía. Mi madre sufrió mucho”.

El gran dragón era operario en la Olivetti, y su hijo tenía que ser operario en la Olivetti. Entró con 14 años y salió con 15. Al hombre cebolla no le gustó y no aguantó. Quería ser médico en un tiempo en el que no se podían tener estas pretensiones.

El amor

Fuma negro. Los dedos amarillos y los dientes color ceniza. Sucio pero con corbata. Y Dios en el pensamiento “nunca he creído que me haya abandonado, tal vez me ha mostrado el camino y yo he tomado uno equivocado”. Si efectivamente los caminos de Dios son inescrutables, el hombre cebolla se ha perdido en la inescrutabilidad, en la imposibilidad de comprender. El amor y el alcohol son las paredes de su laberinto particular. “A los quince años conocí a Marta. Me enamoré como un tonto. Era una muñeca. A los 22 me tocó hacer la mili y, al volver, ella ya flirteaba con otro con quien se acabó casando. Yo tenía 24 años y me marché de casa”.

Cuando el hombre cebolla habla de amor, evoca a Marta, no a su mujer. “Me casé a los 27. Ella era pequeña, pero todo un temperamento. Cuando nos enfadábamos, era la primera que levantaba la fregona. El matrimonio fue muy complicado; yo siempre iba muy apurado de dinero y acabamos perdiéndonos el respeto. Y lo que yo te diga: cuando se llega a este punto... Además, vivíamos con mis padres y mis hermanos; ya te lo puedes imaginar...”

Daniel y Magdalena, sus hermanos pequeños. El primero huyó hasta las tierras del Ebro para escapar de la falta de dulzura y ha escogido olvidar, pero ella no. No pudo escapar: “la niña se quedó soportando la tiniebla”. La primera vez que “la niña” dijo que escogía

vivir fue después de la muerte del padre y de la madre. A los cuarenta años se enamoró por primera vez e intentó no mirar hacia atrás. Pero ésta es otra historia.

El hombre cebolla tuvo un hijo. Sebastián nació en medio de la desesperanza, el alcohol y la precariedad. La madre se lo llevó cuando tan sólo tenía dos años y medio y desde entonces, lo ha visto esporádicamente. Después de tantos años, todavía no hay perdón ni reconciliación.

Sin mujer, sin hijo, sin trabajo. Tan sólo alcohol. “Llegué a la conclusión de que había venido al mundo a hacer sufrir y no podía soportar esta idea”.

Jaque mate. Siete metros de pared hacían posible destronar los dragones de su cabeza, pero el salto no lo mató, tan sólo consiguió “una fractura bilateral y axial con hundimiento de ambos calcáneos que precisó trepanación craneal”. Así recita su intento de suicidio el hombre cebolla.

“Soberano es cosa de hombres”

El alcohol es un dragón que se presentó en la vida del hombre cebolla en forma de mezcla matutina (cazalla y moscatel). “Empecé a los quince años con la mezcla y los carajillos. He bebido de todo menos whisky”. Este dragón llevaba gasolina en las venas y no tuvo piedad. Lo incendió todo: la voluntad, los años y la esperanza.

“Me convertí en un borracho de sombra negra. Cuando bebes pierdes la educación, las maneras y la vergüenza. Te inhibes de los problemas, pero lo que consigues es hacerlos más grandes, porque los problemas no desaparecen, siguen allí y no se resuelven con alcohol”.

Su padre se afeitaba. El hombre cebolla se afeitaba. El padre bebía. Él también. Tan absurdo como eso. Era el tiempo del *Soberano cosa de hombres*, pero no todos los hombres son soberanos de su cuerpo y, mucho menos de sus circunstancias. El alcohol lo atrapó y estuvo encerrado en su cueva casi treinta años. “Treinta años mamando, ¿sabes lo que es eso?” Ni casa, ni familia, ni trabajo. Sólo alcohol. Y llamar a casa y sentir la voz de su madre, “la princesa, mi reina”, muerta de miedo por si el gran dragón se despertaba. “Cuídate, hijo. Cuídate, ¿me oyes?” Y la reina colgaba llorando lágrimas sordas. Al hombre cebolla se le rompía el corazón.

El armisticio

Fue a parar a la calle. Cartones, papeleras, litros de vino, trabajos esporádicos y poca compañía. Pasa el tiempo y lo que parecía insoportable se convierte en rutinario: el frío, no comer en un plato, que te asalten y te roben, no hablar con nadie, cobijarse de la lluvia, el hambre, no ducharse ni cambiarse de ropa, oler mal. Simplemente sobrevivir. El corazón bombea sangre, pero el impulso no te lleva a ningún sitio. Los días se convierten en meses y los meses en años. Aparecen los comedores públicos, las pensiones de mala muerte, las escaleras de las iglesias y los bocadillos para pobres. Durante muchos años éstas van a ser las coordenadas del hombre cebolla y en este mapamundi alguien dijo que

era “un caso imposible”, y en su caso, como en el de otros muchos, es verdad, porque resulta imposible volver a nacer y recuperar lo que se ha perdido. Son necesarias unas fuerzas perdidas hace demasiado tiempo. A pesar de ser un caso perdido, llegó el momento de una promesa: “No volveré a beber nunca más”. Se lo prometió a una pedagoga y nunca se echó atrás. “Lo de dejar la bebida fue para mí algo mental. Ni gotas, ni pastillas, ni jarabes. Simplemente me di cuenta de que el alcohol me hacía daño, pero el sacrificio fue brutal. Ya hace cinco años que no bebo ¿Qué quieres que te diga? Cuando veo un borracho no siento asco, sino pena. Pido a Dios que le dé un poco de luz para que lo vea todo más claro. Siempre estás a tiempo de dejarlo, un hombre bebido es una piltrafa.”

El alcohol es el único dragón con el que ha llegado a un armisticio, no a una victoria. El matiz es importante porque el armisticio es una “suspensión provisional y convencional de las hostilidades mediante un convenio entre los beligerantes, sin que comporte, no obstante, el final de la guerra.”

Actualmente el hombre cebolla espera su entrada en una residencia. Está muy delgado, papel de fumar. Tiene una barba abundante y descuidada. A menudo los zapatos le van grandes y se queja que los calcetines se le caen. Vive en una pensión que da miedo, de aquellas en las que nadie cambia las sábanas, ni abre las ventanas, ni pone un geranio. Y su vida “una mierda gordísima, no volvería a nacer”. Sus padres murieron, sus hermanos escogieron vivir lejos y a él tan sólo le queda cantar canciones de Joan Manuel Serrat, “un tío muy sociable, buena gente. Fuimos juntos a la escuela y siempre nos metíamos con él porque iba a todas partes con la guitarra, y ¡fíjate ahora!”, dice, mientras entona aquella saeta de Machado que pone los pelos de punta: “... al Cristo de los gitanos, siempre con sangre en las manos, siempre por desenclavar”.

A este hombre hay que intuirlo debajo de la barba, las gafas, la gorra y las capas y capas de ropa que lleva encima. Es una cebolla seca, mascada, sin gusto y, todavía hoy, provoca el llanto.

2. “MIRAR Y AMAR”

~~No todo el mundo puede acceder a una residencia para la tercera edad, a una vivienda protegida, a los servicios de una trabajadora familiar, o al apoyo suficiente para atender a un familiar con disminución.~~ Los servicios sociales, de los que a menudo oímos hablar, no son hoy por hoy, unos servicios a los cuales todos podamos acceder. La disponibilidad depende de limitaciones presupuestarias: si se agota el dinero presupuestado no se aceptan nuevos casos hasta el próximo año. La responsabilidad pública en la atención a personas sin hogar también es escasa: de los 668 servicios existentes en el Estado el año 1999, tan sólo el 17 % era de titularidad pública (Cabrera Cabrera, Pedro José. *La acción social con personas sin hogar en España* . Fundación Foessa y Cáritas Española, 2000).

Hacía pocas semanas que había empezado como voluntario y un día me dijeron: “Intenta hablar con aquel hombre que está sentado en el banco, se llama Emiliano y viene desde hace pocos días. Es muy reservado y los últimos años los ha pasado en la calle”.

Las primeras conversaciones fueron de pocas palabras, mejor diría que fueron de miradas mutuas hasta que, pasados unos días, fuimos al CAP de Drassanes. Después de la visita se mostró más comunicativo y, de manera irónica, se refirió a los meses que pasarían hasta que le operasen de la hernia.

Así se rompió el hielo y, día a día, fue explicando cosas de su vida. Había nacido en un pequeño pueblo del norte de León, “donde hace mucho frío y en invierno hay mucha nieve”. Se marchó del pueblo para ir a hacer la mili a Murcia, “ya sabes, en aquellos tiempos no te podías escapar, no es como ahora que antes de ir a la mili te consideran no sé qué y te quedas en casa”.

Al acabar el servicio militar vino a Barcelona con dos amigos, “en el pueblo no había vida y aquí podíamos ganar algo”. Empezó a trabajar en un taller y, con los años, se especializó en carrocería de coches.

Con los dos amigos pensaron ir a trabajar a América. Decidieron que, de entrada, sólo viajase uno, pero “los que nos quedamos, pusimos cada uno 100 duros de la época, que era mucha pasta, para pagar este viaje. La realidad fue que el amigo se marchó y después ya no supimos nada de él y del dinero aún menos”.

Emiliano se quedó soltero y siguió trabajando como chapista. “En aquellos tiempos teníamos que reparar la chapa a base de martillazos, después lijar, empastar, ajustar y pintar. No era como ahora que se cambian piezas enteras de los coches: puertas, parachoques, y sólo falta ajustar y pintar”.

De su período laboral no hacía muchos comentarios. Conocía el oficio. A los 60 años sufrió un accidente laboral que le provocó una gradual deficiencia cognitiva. La cruda realidad es que al cabo de un tiempo, al salir del hospital, se encontró solo, sin trabajo y sin casa, ya que fue perdiendo el trabajo, el poder adquisitivo y el alojamiento.

Simplemente se quedó en la calle y su carácter introvertido no le ayudó demasiado a enfrentarse a la nueva etapa. Triste realidad y prueba también de que los sin techo, las

personas que no tienen hogar, los marginados son, en muchas ocasiones, fruto de una sociedad egoísta e/o irresponsable.

Unos voluntarios le encontraron en la Plaza Real, sentado en su banco habitual, y así empezó todo de nuevo. Era muy reservado y tuvieron que pasar varios meses para que un día se decidiese a venir al centro. Después de casi dos años de vivir en la calle, volvió a dormir bajo techo. Los educadores y las trabajadoras sociales fueron conociendo datos de la vida de Emiliano, le arreglaron los papeles y consiguieron que recibiese la pensión a la que tenía derecho después de haber trabajado tantos años.

Dos meses después de la visita al médico, un cirujano del Hospital del Mar confirmó que era necesaria una operación y lo ponían en lista de espera. Los comentarios de Emiliano fueron nuevamente irónicos pero tristemente realistas, “al menos dos años antes de que me operen”.

Vivía en una pensión del Passatge del Rellotge, comía en bares del casco antiguo y por las tardes habitualmente iba al centro. Cada semana se duchaba, se afeitaba y se cambiaba de ropa. No participaba en los juegos, tal vez alguna partida de dominó. Su juego favorito era el mus, “pero aquí nadie lo conoce y no quieren jugar”.

Empezó a participar en las actividades del taller de las mañanas, creado con la finalidad de fomentar las actividades manuales, y un año, por Navidad, fue el rey Melchor. Serio y callado, dignificó su papel.

Se trasladó a una pensión de la calle Riereta. Todo evolucionaba con normalidad, hasta que una tarde no vino al centro y, al faltar también al día siguiente, los educadores supieron que tampoco había ido a dormir a la pensión que le habían gestionado. Consultaron centros sanitarios y de orden público, pero nadie sabía nada de él; simplemente Emiliano se había perdido y con toda seguridad estaba de nuevo sentado en un banco de la ciudad, viendo pasar el tiempo y sin molestar a nadie. Fueron cinco días de angustia hasta que finalmente dimos con él.

Este hecho, debido a una desorientación, aceleró los trámites para el ingreso de Emiliano en un centro residencial. Lo operaron de la hernia y, el 31 de octubre del año 2000, entró en la Residència de Gent Gran de Sant Llorenç Savall.

Como resumen de lo dicho hasta ahora, dos palabras: MIRAR Y AMAR.

Emiliano tenía una mirada limpia y un rostro afable. Su forma de hacer era reservada, pero manifestaba una cierta ironía. Su vida era interior y en ningún caso, manifestó un espíritu de revancha hacia la sociedad que lo había rechazado. Era un testimonio vivo del hecho de que una mirada dice mucho. Una mirada es agradecida, una mirada abre corazones, una mirada abre caminos.

En su relación con Arrels, poco a poco y sin ruido, se fueron formando lazos de simpatía, de afecto y de amistad. Emiliano recuperó el aliento de la vida y fue un amigo entre amigos.

Habitualmente a los amigos, y más si están solos, se les visita. Íbamos a verle preferentemente por las mañanas. Sabadell, Castellar y, finalmente, una carretera llena de curvas hasta Sant Llorenç Savall, un pueblecito situado al este del macizo de Sant

Llorenç de Munt. La residencia está en la entrada del pueblo, en una zona boscosa, con un jardín soleado y espacios para caminar. Es un edificio soleado, con amplias salas de estar, habitaciones para dos personas con los servicios sanitarios incorporados, comedores con mesas para cuatro personas, enfermería, centro médico y salas para talleres de manualidades.

A Emiliano, con su bastón, su gorra y su cigarrillo, lo encontrábamos, o bien sentado en el jardín tomando el sol, o en la sala viendo la televisión. Siempre arreglado y afeitado. Al vernos, tanto la mirada como la sonrisa expresaban alegría.

En la conversación nos explicaba sus vivencias en la residencia: “la comida no está mal, tenemos desayuno, comida y cena”, “el compañero que duerme en mi habitación a veces pega muchos ronquidos”, “tabaco no me falta; cada día por la mañana voy a buscar el paquete que me toca”, “me duchan, me afeitan y también me acompañan al barbero” o “aquí nunca llueve y no hace frío, no es como en León”.

También recordaba a las personas del centro, tanto a los educadores como a los usuarios, y comentaba los partidos de fútbol que veía en la televisión. Él era del Sporting de Gijón o del Oviedo: “Estos están o han estado en Primera, en cambio La Cultural (el equipo de León) siempre se ha quedado abajo”. “Ahora el fútbol es dinero y patadas, ha cambiado mucho” y acompañaba este comentario con un expresivo gesto de la mano, casi rozando el suelo, como si cortase el césped.

Su vida en la residencia, de acuerdo con su carácter, era solitaria. Había hecho pocos amigos, no se aficionó a los trabajos manuales que otros realizaban y no quería jugar al dominó o a las cartas. Nadie jugaba al mus.

El 11 de Febrero del año 2003, Emiliano no estaba ni en el jardín ni delante del televisor. Lo encontraron en su habitación y el enfermero que le atendía nos avanzó que se trataba de un problema intestinal, posiblemente grave. Con toda probabilidad se decidiría su ingreso en un hospital de Sabadell.

Ahora lo visitábamos en el Hospital Parc Taulí de Sabadell. Desgraciadamente, el primer diagnóstico se confirmó. Día a día, Emiliano empeoraba. Su mirada seguía serena, pero cada vez más triste. Un viernes lo afeitamos. Murió el martes siguiente a los 73 años. Nos queda la imagen de un rostro limpio y afable, pero con unos ojos tristes y una media sonrisa.

El jueves, en el cementerio de Sant Llorenç Savall, le dimos nuestro último adiós. Era un día frío, con un cielo claro y muy luminoso. Con nuestra plegaria, un entrañable recuerdo: “Emiliano, durante los últimos años hemos recorrido un camino en común y tú, que habías nacido en las montañas de León, ahora descansas al pie de otra montaña emblemática, el macizo de Sant Llorenç de Munt.”

Al volver a casa, me vino a la mente un pensamiento del Abbè Pierre: “Si podemos hacer algo por una persona, hagámoslo pero, sobre todo, al hacer este gesto, mirémoslo y amémoslo”.

3. “CALLE MELANCOLÍA²”

~~Hace unos años se hablaba de transeúntes para referirse a aquellos que vivían en las~~ calles y transitaban de ciudad en ciudad. Esta itinerancia se convierte en pura supervivencia: aquí el bocadillo para desayunar, allí unas monedas los martes, almorzar en un comedor al que se pueda llegar andando para no gastar en transporte, pasar lo que queda de tarde en un centro donde te permitirán ducharte dos veces a la semana, dormir donde puedas... El anonimato de la ciudad va gastando la autoestima. Es necesario dedicar todo el tiempo a buscar aquello más básico y, mientras, oír voces que digan que no trabajas porque no quieres.

La historia de Antonio es una historia de ciudad. Madrugadas duras, jardines sin árboles y droga en vena. Es como una canción de Joaquín Sabina.

Antonio tiene ganas de viajar, de ver mundo, de enredarse con una hipoteca, de tranquilidad, de disfrutar todo lo que pueda de la vida que tiene por delante. Lo normal, lo que todos queremos, lo que todos intentamos. Pero a Antonio le ha costado mucho llegar a esta situación. A la tranquilidad de espíritu, a estar bien con uno mismo, a olvidarse de dependencias, de culpabilidades, de angustias, a aparcar los malos rollos, a vivir. Vuelve la vista atrás y no quiere olvidar su pasado. Quiere recordar los buenos momentos, pero sin olvidar los malos. Las cosas son como son y no como nos gustaría que fueran.

“A mí me ha salvado la constancia” dice Antonio. La constancia de seguir luchando, de buscar otros caminos cuando el que tenemos delante se nos cierra, de no perder la esperanza, de continuar viviendo, de continuar...

Aragón, Cuenca, Valdealgofa, años cincuenta. Nace Antonio, el segundo, entre dos niñas. Recuerda una casa grande, fría. Hace mucho frío en Cuenca durante el invierno. La abuela los reunía alrededor del fuego para combatir las bajas temperaturas. Todavía muy pequeño, con sólo cuatro años, su padre, de carácter seco y poco afectivo, encuentra trabajo en una fábrica en la capital. Toda la familia emigra a Madrid y se instala en un piso en las afueras. Se adapta a su nueva vida y hace buenos amigos. Hasta que un día debe incorporarse al Servicio Militar.

En la mili, el hachís lo engancha y una vez licenciado no quiere que ni sus padres ni sus amigos se enteren de que consume. Deja a sus amigos y, como trabaja, se independiza de sus padres con 22 años. Poco después el paro llama a la puerta y su necesidad de droga lo convierte en un camello a pequeña escala. Nada importante, cuenta, lo justo para consumir lo que el cuerpo le pide.

Más tarde conoce a Lola, joven y consumidora. Antonio da el salto y ya no sólo vende hachís sino también heroína. Empieza una historia de amor no correspondido. Poco después Lola queda embarazada y deciden casarse. Nace Carlos, su primer hijo. En los años ochenta la heroína entra a espuestas en España y la calle se pone cada vez más peligrosa, nos cuenta. A mitad de la década de los ochenta nace su segundo hijo. Pero las cosas van cada vez peor. Él no trabaja y los dos consumen. La situación se hace insostenible y deciden separarse. Los hijos se quedan con su madre.

Está a punto de cumplir treinta años, va a ser padre de nuevo y de repente es consciente de su deterioro físico. Decide desintoxicarse. Acude a un centro hospitalario y a un ambulatorio. Le diagnostican hepatitis.

Intenta dar un giro a su vida y se pone a trabajar con su hermana, pero lejos de solucionarse, las cosas se complican. La familia se entera de su drogadicción y aunque su hermana intenta ayudarle, Antonio no soporta la presión y decide irse. Ya consume mucho menos y poco después decide volver a casa. A la vuelta nace su tercer hijo, Marcel. La relación de pareja no funciona. Ya no comparten el consumo de droga y la situación cada vez está más degradada. A principios de los noventa es obligado a abandonar el domicilio familiar por orden judicial. Su esposa, amparada por la ley, se queda con los niños.

Alguien le tiende una mano y consigue una plaza en un centro evangélico de acogida en Barcelona. La terapia es clara: trabajar, trabajar y trabajar. Si se trabaja sin descanso, no hay tiempo para pensar. Aun así, Antonio reflexiona y decide que si el dinero que ha de pasar al centro se lo queda él, aunque no es mucho, es suficiente para vivir. Madrid de nuevo y de allí a una fábrica de pollos en Valladolid. Antonio sigue pensando y según sus propias palabras “me hago yo mismo un lavado de cerebro”. El tiempo pasa. Empieza el año 1995 y Antonio está enfermo. Tiene hepatitis C y una importante deficiencia alimentaria. Decide romper con todo para empezar de nuevo. Lo primero, ir a un sitio donde nadie le conozca y no deba relacionarse con personas dependientes de las drogas.

Y pasa a la acción. De Valladolid a Soria, de Soria a Zaragoza y como destino final, Barcelona. Las cosas no son fáciles tampoco en la Ciudad Condal. Un buen recuerdo: a su llegada a la estación de Sants, pide un bollo y se lo dan. Empieza otro periplo, de aquí a allá y de allá a acullá. Está en la calle. Cuando el frío aprieta duerme un mes en el albergue municipal. Vuelve a la calle y sólo duerme a cubierto cuando lo recogen los de la Operación frío. A la una, ducha y aseo en Valldonzella. A las cinco, comida en La Leona, un comedor gratuito. Así, día tras día. Sobreviviendo.

Pasa por la Barceloneta, con sor Genoveva, que ayuda a personas con problemas de drogas y enfermos de sida. Pero después choca con la burocracia. Cuando pide ayuda en un centro de asistencia, le dicen que como es de Madrid no pueden atenderle. Aunque está desenganchado es consciente de que necesita apoyo para mantenerse. Por fin consigue entrar en un centro de terapia de reinserción y consolidación de la abstinencia y al poco tiempo puede abandonar la calle.

Antonio sigue su camino. Paso a paso, trecho a trecho. Hace un curso remunerado de preparación para extoxicómanos de ayuda a ex-toxicómanos. Le diagnostican un brote psicótico e ingresa en un centro psiquiátrico donde permanece dos meses. Vive en un piso terapéutico medio año y empieza a cobrar una paga. Luego alquila una habitación en el barrio del Raval hasta que el edificio es derribado. Comparte una habitación en un piso particular durante tres años. Empieza un tratamiento para el hígado y el nuevo siglo lo encuentra preparado para ponerse a trabajar. En Junio del 2001 empieza a trabajar en una pensión y vive en un pisito en Horta.

De repente, Madrid, donde vive su familia, acude incesantemente a su pensamiento. Deja Barcelona e intenta reanudar su vida en la capital. Allí encuentra un trabajo y se queda

durante una corta temporada. Pero han pasado muchos años, demasiados. Y Barcelona sigue allí, lo espera y lo recibe de nuevo. Antonio ha encontrado su ciudad.

Antonio, ahora, se siente integrado. Es realista. Sabe que debe trabajar y lo hace a gusto. Se siente más egoísta que antes. Ahora tiene algo que perder. No puede definir exactamente cómo acaba uno en la calle. Por tantas cosas... o por ninguna. Lo peor, la soledad. Lo que más valora de esta época es que la gente se relacionara con él, el trato personal. Ver que alguien te escucha, simplemente, que te escuchen y también que te cuenten. Es tan fácil.

4. DOS MESES EN EL PARAÍSO

~~Enfermar ha llevado a personas a la calle. En las esquinas de las ciudades hay enfermos~~ con esquizofrenia, trastornos de conducta, obsesiones y demencias. El hecho de vivir en la calle, de alimentarse mal y de que nadie les preste atención agrava y acelera la evolución de las enfermedades crónicas. Desde 1990, Arrels ha acompañado en sus últimos días a más de 150 personas. Han muerto con una media de edad de 58 años, cuando la esperanza de vida de nuestro entorno es de 80.

Montse es dulce. Sus movimientos son suaves y plácidos. No levanta la voz. Es prudente y moderada. Alfonso no tenía control sobre nada. Era desgarrado, descompensado, con una imposibilidad natural para vivir normalmente. Se perdía. Quería montar un puticlub y estaba obsesionado con tener un muñeca hinchable. Apparentemente, una historia imposible. Ella es pedagoga y él un hombre con mala suerte.

“Todo lo que sé de la vida de Alfonso es gracias a la gente del barrio. Según me explican, cuando tenía tres años su madre lo dejó con una prostituta vieja a quien él siempre llamaría abuela. La madre también hacía la calle y tuvo ocho hijos, pero Alfonso nunca fue consciente de tener hermanos. Sea como fuere, la relación con esta “abuela” nunca fue buena y, de hecho, fueron los vecinos de la escalera, los “tíos”, quienes le cuidaron. Uno de los recuerdos que conserva es el de visitar a su madre en el Psiquiátrico de Sant Boi, donde murió a los 37 años de “enfermedad mental y movimientos incontrolados”.

Montse sospecha que esta “enfermedad mental y movimientos incontrolados” es lo que actualmente se conoce como Corea de Huntington. Entonces era simplemente “El Baile de San Vito”, un nombre medieval para una enfermedad que afecta a 7 de cada 100.000 personas. Si uno de los padres está afectado, los hijos tienen el cincuenta por ciento de probabilidades de enfermar. Fue el caso de Alfonso.

“Empieza a trabajar a los 12 años, después de la muerte de la abuela. Durante años descarga camiones, reparte butano y trabaja como basurero hasta que llega un momento en el que no puede continuar, porque no controla los movimientos y pierde sensibilidad en las manos. Le despiden y va a parar a la calle con menos de treinta años. Un trabajador de la entidad lo localiza cuando ya hacía cinco meses que estaba malviviendo en la calle y, en un primer momento, pensamos que era alcohólico o drogadicto, pero intuimos que había algo más porque mientras dormía, saltaba de la cama y no podía estar quieto. Le llevamos al médico y detectaron que padecía Corea.”

La Corea de Huntington tiene un diagnóstico claro: evolución progresiva e irreversible hacia la muerte en 10 o 25 años. Tratamiento: ineficaz. Después del diagnóstico, Alfonso entendió por qué le castigaban en la escuela, por qué siempre se le caía el fusil en la mili y por qué siempre le echaban de los trabajos. Los afectados de Corea tienen graves problemas en el habla y no pueden controlar sus movimientos. Montse se violenta por dentro cuando piensa en cómo una persona puede soportar tantos años sin saber que sufre una grave enfermedad y, lo más terrible, que no le importe a nadie.

“¿Qué podíamos hacer? Aunque parezca mentira, no existen centros para acoger a este tipo de enfermos. Hay servicios para personas afectadas por enfermedades mentales, pero no para pacientes con enfermedades neuronales. Alfonso tenía un problema neuronal y era perfectamente consciente de su estado y de su deterioro. Él me lo dijo muy claro: “si me encierras, me suicido”; “quiero ser libre”, decía. De ninguna manera quería acabar como su madre. Fue lo único que me pidió y yo respeté su decisión. A partir de entonces intentamos devolverle al mundo: hacerle el DNI, gestionar que fuese a un comedor social, tramitar su invalidez y encontrarle un lugar para dormir. Era alguien a quien le gustaba leer e ir al cine, colaboraba en todo; era una buena persona. Intentamos que fuese a la piscina y que se apuntase a la asociación de enfermos de Corea, pero la enfermedad fue más rápida que nuestra voluntad.”

Montse no hizo por Alfonso todo lo que hubiese querido. Las palabras: “si me encierras, me suicido” resonaron demasiado en su corazón como para que hiciese algo que atentase contra esta voluntad. Seguir este impulso quizás también sea ejercer la profesión. Los dos objetivos que se planteó para Alfonso no están escritos en ningún expediente: que fuese feliz y que viviese dignamente. Poco más. Prácticamente cada semana le hacía una fotocopia del DNI que él siempre perdía. Escribía en un papel que Alfonso estaba enfermo y se lo metía en el bolsillo por si le paraba la policía por la calle. Le conseguía bambas con velcro para que se las pudiese atar. Ella, que no tiene ningún hijo con Corea de Huntington, ya sabe que los sentimientos no se pueden detener cuando uno quiere y la emoción le brota en los ojos cuando piensa en él. La lágrima que asoma habla de un niño concebido, parido y educado sin amor.

“Alfonso era tan inocente que nadie se le resistía. A menudo hacía bromas que se convirtieron en consignas: “España va bien”, “Voy a montar un puticlub de monjas cojas”, “¡No hay una mujer buena!” “Quiero una muñeca hinchable”. La gente reía con él. Supongo que era una manera de captar el afecto que nunca había tenido pero tenía días de todo. Es propio de la enfermedad mostrarse agresivo pero, para evitar que nadie viviese estos episodios, se perdía durante semanas y dormía en los cajeros. En una de estas ausencias dejó de ir a firmar al INEM y cuando intentamos gestionar la paga de invalidez, nos la denegaron por este motivo. Fuimos a juicio y ganamos. Como mínimo, Alfonso tendría una mensualidad que le permitiría dormir bajo techo y comer. Podía vivir con cierta libertad, pero las cosas se precipitaron rápidamente. Un día, mientras fumaba, se quemó los pantalones. Me asusté porque este mismo gesto podía provocar un incendio en la pensión en la que dormía. Escribí un informe a Fiscalía explicando el caso y pidiendo una solución, pero no hay centros para atender a este tipo de enfermos”.

Ella, tan tranquila, tan serena, sintió el aguijón de la inquietud. De alguna manera tenía un compromiso con Alfonso; tenía que cuidarlo y protegerlo porque, si no lo hacía, el mundo se lo comería. La libertad que había pedido ahora le podía triturar. La enfermedad avanzaba como un animal enloquecido por el hambre; él ya andaba como un juguete roto y no podía tragar la comida. Era inocente, pero no ingenuo y comprendió que había llegado el momento de claudicar. Montse le buscaría un lugar para descansar. Finalmente encontró uno.

“En un principio, el director del centro que encontramos se negó al ingreso. Alfonso era un Corea y quería evitarse problemas, pero al final aceptó. Le convencí de la excepcionalidad del caso porque sabía que se los ganaría a todos en cuanto le conociesen. Entró en el mes de julio y, en quince días, se convirtió en el rey de la casa.

Decía que estaba en el paraíso. Se duchaba cada día, comía bien y les acabó robando el corazón a todo el personal del centro. Lo que me demostró que se sentía realmente bien es que no quería salir ni para ir a tomar un café, cuando desde que le conocía nunca soportó estar encerrado en ningún sitio”

Según los médicos, la enfermedad hace que el cuerpo del paciente sea su cárcel, porque no controla ni los movimientos externos ni los internos. Por eso, cuando llaman a Montse un sábado de septiembre para decirle que Alfonso ha muerto, sólo pregunta si ha sufrido y si ha muerto solo.

“Fui a ver a Alfonso un martes y moría el sábado de una hemorragia en el estómago. La vida es curiosa, porque no murió de su enfermedad. El médico me dijo que no había sufrido nada y que en todo momento estuvo acompañado, que no murió solo. Yo le había dicho que nunca le abandonaríamos, que éramos su familia y que siempre estaríamos a su lado.”

Se emociona. La voz se le quiebra, pero sonrío, franca y sin estridencias. Se alegra de que Alfonso sintiese que había estado en el paraíso, aunque sólo fueran dos meses.

5. ¿POR QUÉ...?

~~No hace muchos años en la plaza Urquinaona de Barcelona, se amontonaban cada mañana personas que buscaban una oportunidad ofreciéndose como peón para trabajar. Ahora, muchos inmigrantes hacen lo mismo en las plazas de poblaciones agrícolas. La historia se repite: inmigrantes de tierras lejanas que se arriesgan, sin saberlo, a sufrir exclusión en una Europa que limita el derecho a la vivienda sólo a los ciudadanos comunitarios.~~

“¿Por qué...?” Es una pregunta de crecimiento, de aprendizaje, de curiosidad. Utilizada hasta el agotamiento por los niños cuando empiezan a explorar los nuevos caminos que se les abren. Cada porqué genera muchos otros interrogantes.

Con la llegada de la pubertad, muchos porqués quedan un poco arrinconados. Es la etapa de saberlo todo, de la autosuficiencia, de apuntalar el propio yo y de aceptar los fracasos.

En la edad adulta, si tienes la suerte de no dejarte llevar demasiado por los medios de comunicación, estos porqués vuelven a surgir y, con ellos, maduramos de cara a las etapas futuras.

He tenido en mi vida –y tengo todavía– un sinfín de porqués. Unos han afectado a mi propia vida –los he sufrido– y otros los he podido observar en personas de mi entorno. Llevado por un porqué, colaboro desde hace un tiempo con una organización que intenta “dar la mano” a las personas sin hogar.

Conociendo a algunas de estas personas, a menudo puedes ir adivinando algún “porqué”. ¿Por qué hay gente que en algún momento determinado de su vida, una vida llena, con ganas e ilusiones, se para, rompe de una forma brusca con la “sociedad establecida”, y va por caminos que lo aboca a la calle?

Debe ser normal –o al menos lo ha sido para mí– ver a una persona durmiendo en la calle, rodeada de cartones y de miseria y preguntarse el “porqué”. Un ser humano que con toda seguridad ha tenido una madre que lo ha acariciado, una infancia como la de la mayoría de nosotros y un abrirse a la vida lleno de esperanzas.

Conozco a una buena persona, Antonio, que en los últimos años de su vida ha vivido en el mundo de la marginación. Conociéndole y hablando con él, te das cuenta de que, en el fondo, siempre hay un “porqué de todo lo que pasa”, parodiando un título del escritor Quim Monzó. Además, Antonio tiene la misma edad que yo. Él nació el año 1944, un 13 de junio, y yo el 4 de septiembre del mismo año. Hemos sido, pues, plenamente coetáneos. Resumir nuestras vidas parece una forma de ver cómo la vida nos puede llevar por lugares difíciles de prever, sin que a menudo podamos hacer nada para evitar estos cambios.

Nos presentaremos. Antonio tiene 59 años, nació en Vélez (Málaga). Hijo único. Sus padres trabajaban en el campo de jornaleros y cuando podían, conseguían además unas horas de trabajo en la plaza del pueblo, donde los caciques eran dioses.

Yo soy Salvador, también de 59 años, nacido en Barcelona, ciudad en la que he vivido toda mi vida. Mis padres eran de posición económica media-baja. Mi padre era dependiente y mi madre trabajaba como bordadora en casa. Tengo dos hermanas y yo soy el mediano.

Durante los primeros meses de vida, una vecina cuidaba a Antonio mientras sus padres iban al campo. A los ocho meses, Antonio cayó de cabeza a un brasero. Quedó marcado y sufrió la pérdida parcial de la visión de un ojo.

Yo tuve la buena suerte de estar con mi madre hasta que fui al colegio. Aunque con penurias económicas, el ambiente familiar era relajado. A los cuatro años empecé el colegio, concretamente en la escuela “nacional”. Era un buen estudiante y por este motivo, una tía de buen nivel económico me pagaba una escuela “privada”, ya que entre todos intentaban prepararme lo mejor posible para el futuro. A los 14 años, acabé el bachillerato.

Antonio fue a la escuela hasta los 13 años. Una escuela “nacional” con un profesor que daba clases a los niños de todos los niveles. Consiguió aprender la formación básica que se necesitaba en aquellos momentos. Dejó el colegio un año antes de lo habitual para ir a recoger fruta al campo con sus padres y tíos. El sistema, “la peonada”: todo en manos del amo y trabajar jornadas completas un mes sí y otro no. El resto de los días se espabilaba realizando trabajitos de todo tipo. Siempre de peonaje. Su percepción del mundo se movía en un círculo muy limitado, y su visión de futuro era escasa.

Yo, “el afortunado”, a los 14 años empecé a trabajar de mecánico y, aunque en aquel tiempo los aprendices cobrábamos muy poco, sí que teníamos la posibilidad de aprender un oficio de cara al futuro. Pude compaginar, con todo tipo de ayudas familiares y sociales, el trabajo y los estudios. Puse ganas y dedicación, pero no hay ninguna duda de que, si querías, en aquellos momentos en Barcelona, podías. Inicié contactos con movimientos políticos y catalanistas, que me provocaron más de un susto, pero todo ello me ayudó a formarme como persona y a integrarme en un grupo social. Llegué a las puertas de la mili con un buen nivel de integración en la sociedad y una carrera prácticamente acabada. En definitiva, un futuro abierto y esperanzador.

Por su parte, ¿qué es lo que tiene Antonio? Continúa haciendo los trabajitos que le salen, siempre mal pagados e inestables, con un nivel de formación muy escaso. Su círculo de amistades se mueve entre los paseos por el pueblo y los ratos en los bares. No tiene una base que le permita caminar seguro.

Conoció a Mercedes, la mujer con quien se casó con tan sólo 19 años. A duras penas consiguió formar un hogar. El trabajo, mal como siempre. Y de dinero, poco.

Llega el momento de hacer la mili. Supongo que debería ser un reto. Ver mundos nuevos. Se podría aplicar aquello de que “en la mili se hacen hombres”, ¿o no! Mientras hace el servicio militar mueren sus padres. Primero el padre y más tarde la madre. Con poco tiempo de diferencia. Parece ser que de tuberculosis. Miseria, hambre y poca atención médica. Estaba muy poco acompañado en la vida, y ahora todavía quedaba más desamparado.

Vuelve de la mili – la hizo durante poco tiempo y en servicios auxiliares– y se va a Barcelona para conseguir algo de dinero. Intenta prosperar. Mientras tanto Mercedes, su

mujer, se queda en el pueblo. Él trabaja en una obra hidráulica del Pirineo catalán, hasta que lo detuvieron por trabajador “ilegal” –creo que por no tener los papeles de trabajo en regla– y lo retuvieron unos dos meses en Montjuïc. En tren, lo “devuelven” otra vez a Málaga.

Tienen un hijo que también se llama Antonio. Su gran alegría, de las pocas que han tenido. Al poco tiempo de nacer su hijo, su mujer se pone enferma y con sólo 27 años muere de leucemia. Se queda solo con un niño de tres años. Con la ayuda de unos tíos cuida al niño. El trabajo, como siempre, lleno de dificultades por su minusvalía.

Se le muere el hijo a la edad de cinco años. Según los médicos, de la misma enfermedad de la madre. Parece un serial de televisión, pero no lo es. Es la vida de Antonio. Treinta años, solo, desesperado y carente de un puntal en el que apoyarse.

Vuelve a Barcelona, pero ya no recuerda ni espacios ni tiempos. Estancias en Tarragona y Girona. Trabajos aislados. La falta de visión en un ojo le dificulta encontrar trabajo. Siempre son trabajos marginales. Pocos amigos y de mal camino. La bebida empieza a ser consejera.

Yo, acabada la mili, y con la carrera en el bolsillo, encuentro trabajo rápidamente. Buen trabajo y un futuro claro. Me caso y a los 27 años tengo a mi hijo mayor, Jordi. A los treinta, Xavier y, más tarde, Marta. Familia, amigos, hijos, éxitos profesionales e integrado en mi sociedad. Ilusiones políticas y de país. Unos 30 años felices y exitosos. Mi punto de partida hacia la madurez no ha sido en absoluto el mismo que el de Antonio.

Antonio va trabajando en los empleos que encuentra en la famosa Plaza Urquinaona, lugar de contratación en aquellos tiempos difíciles y durante muchos años se puede pagar un alojamiento con una señora que le hace la comida y le lava la ropa interior. Unos días descarga camiones, otros trabaja en la construcción y otros en la limpieza. Tiene suerte y puede trabajar unos meses, los únicos de su vida en los que consiguió un contrato de trabajo, poniendo redes y barreras de protección a edificios en construcción. Es una ocupación de alto riesgo, pero muy bien pagada. Con un grupo de gitanos, va también algunas temporadas a recoger avellanas a Tarragona. Siempre solo, sin amigos ni familia.

En el período 1985-90, vuelve otra vez la crisis a Cataluña, cuando Antonio ya tenía 45 años. Ya no puede conseguir el dinero para pagar la pensión y, de repente, de un día para otro, se ve obligado a vivir en la calle. Tan fácil y tan real.

Entre los 30 y los 45 años, yo tuve altibajos, como todo el mundo, pero siempre dentro de la línea, digamos, “normal”. Podríamos destacar –como importante para mí– una ruptura matrimonial muy traumática, pero los puntales de mis padres, hermanas, familia, amigos y unos buenos conceptos morales y espirituales, me permitieron superarla. También hubiese podido hundirme, pero no tomé ese camino, gracias a Dios. Continué mi profesión, rehago mi vida sentimental y, con 58 años, por motivos “coyunturales” me jubilan anticipadamente. Reconocimiento social, fiesta de despedida, indemnización y paga, ya que tuve la suerte de cotizar a la Seguridad Social desde los 14 años. Creo que todo o casi todo me lo he encontrado en la vida. Mi mérito sólo es que lo he sabido aprovechar.

Antonio ya vive en la calle. Está desde los 45 hasta los 60 años. Aún en su estado de pobreza, siempre mantuvo un nivel de limpieza, de organización y de autoestima admirables. Cartones, papeles, hierros y vidrios llenaban su carro, que era también su casa. Con esto malvivía. Nunca pidió caridad ni ayuda a ningún centro social. Siempre fue autosuficiente. Su perra, “Negrita”, fue en quien depositó todo su afecto durante los últimos años. Según explica Antonio, la perrita comía mucho mejor que él. Mantenía su higiene personal, se afeitaba a diario y se lavaba la ropa en la fuente. Dormía en la Plaza Urquinaona, su hogar. El alcohol ya lo tenía prisionero. En la Plaza Urquinaona, entra en contacto con un voluntario de Arrels, centro que se dedica a ayudar a personas sin techo. Sabe aprovechar la ocasión e inicia una clara recuperación. Según él, es la única vez en que la sociedad le ha tendido la mano.

Los dos tenemos ya 60 años. Antonio ha tenido la gran fuerza de voluntad de querer rehacer su vida. Y lo ha conseguido. Arrels le ha apoyado y él ha sabido aprovecharlo. Vive en un piso compartido, está integrado en su barrio, recibe la paga que le corresponde del Gobierno y participa en todo tipo de actividades. Está esperanzado. No todo el mundo a su edad y en sus circunstancias demuestra este ánimo.

Yo, “un afortunado” prejubilado, con paga, familia, hijos y nietos. Con reconocimiento social. Parece que realmente me lo he merecido pero, en el fondo, viendo nuestras vidas en paralelo, me pregunto si en realidad no ha sido Antonio el auténtico luchador. Yo siempre me he encontrado en la “carretera principal”. Mi tren ha tenido casi siempre luz verde. He cumplido con la sociedad y la sociedad me ha correspondido. He amado y he sido amado. He sembrado y he recogido. No es ningún mérito. Sólo he sabido aprovechar lo que se me ha dado. Creo que es importante, pero mucho más importante es ver que personas que han tenido contratiempos constantes en la vida, de una manera u otra, han tirado hacia delante. Es fácil caer en el tópico de que, en las mismas circunstancias en las que ha estado Antonio, podía haber rehecho mejor su vida. Sin ninguna duda. Pero viendo su entorno y los momentos en los que se producen los hechos que le marcan la vida, es posible que muchos de nosotros también hubiésemos podido estar en un cajero, rodeados de cartones en cualquier rincón de nuestro país.

Ahora, si vemos a alguna persona tirada en la calle durante las noches de frío, podemos pensar que, en el fondo, también debe tener su “porqué”.

Para acabar, no puedo menos que decir: “¡bien por Antonio!”.

6. QUE DIOS REPARTA SUERTE

~~La exclusión es masculina, pero la pobreza es femenina. Sólo el 15% de las personas sin hogar son mujeres. Diversos estudios sostienen que ellas se defienden mejor en situaciones precarias. Saben cocinar a bajo coste y asumen más fácilmente trabajos que los hombres no acostumbran a hacer: limpiar, cuidar gente mayor e, incluso, ejercer la prostitución para sobrevivir. Quizás sea más difícil que una mujer acabe en la calle, pero constatamos que las que están, se encuentran en situaciones extremadamente graves.~~

Lo oscuro

Lola apareció una tarde de agosto con llagas en el culo. Eran restos de una infección mal curada por la falta de higiene. Iba en silla de ruedas, con pantalones anchos y la cabeza rapada. No se depilaba, no usaba desodorante, no se pintaba las uñas, no se lavaba, no tenía ropa bonita, no tenía nada. Nada de nada.

Cuando nació, apareció bajo su almohada una pistola con la que aún juega a la ruleta rusa. Si hoy las cosas van mal, mañana todavía pueden ir peor. De su pasado, sólo conjeturas, intuiciones y cuatro pistas que hablan de lo que ya se temía: oscuridad. Los desgraciados siempre viven a oscuras. El desgraciado es aquel que no tiene suerte, al que le sobreviene una desgracia, pero, ya puestos, se podría decir simplemente que un desgraciado es el que vive sin gracia, aquélla de la que tantos hablan y muchos menos sienten. Vivir en Gracia. Tocado por el dedo de Dios o aplastado por el dedo de Dios. Pero igual mejor no meter a Dios en todo esto y dejar de preguntarse sobre si existe o no y sobre cómo permite que Lola y tantos otros vivan huérfanos de su gracia. A oscuras. Él sabrá.

Lo Feo

Es hermosa. Tiene 30 años y dos hijas que apenas ha visto. Cuando Belén y Marta nacieron se las llevaron por orden judicial. ¿Qué pasó? ¿Cuál debe ser la situación para considerar oportuno separar padres e hijos? Igual ella no fue una buena madre, una madre buena, pero probablemente no aprendió de nadie. Si apostásemos a que su infancia no fue bonita, no nos equivocáramos demasiado. De hecho, el agua nos lo sugirió. Los primeros días en que la ayudábamos a ducharse, Lola no soportaba el contacto del agua en su cara. Este gesto nos habló de una niña temerosa de un padre al que le gustaban los castigos líquidos. Lo sabemos y no lo sabemos. La relación con personas huérfanas de todo es así: sabes y no sabes. ¿O es que acaso lo contamos todo? ¿No es hermoso encontrar a alguien y que todo empiece entonces? Si uno no quiere contar ciertas penas, ¿para qué insistirle? Y si parece que Dios no nos habla, ¿para qué insistirle? ¿Para qué tantas palabras?

Esta mujer hermosa sufre Ataxia de Friedreich, “una enfermedad hereditaria, genética y degenerativa de los sistemas funcionales de la médula espinal que se caracteriza por la

pérdida progresiva de la coordinación y el equilibrio.” No existe cura para esta enfermedad que la ata a una silla de ruedas.

Desconocemos cómo fue exactamente la relación con el padre de sus hijas, pero tenemos algunas pistas. La señora Paquita, vecina de Lola, cuenta que vivía con un tal Jesús, veinte años mayor que ella y el sexto de ocho hermanos. Que se conocieron en el psiquiátrico de Sant Boi y que vivían en el piso de la suegra. El piso en cuestión era un tercero sin ascensor y esto, para Lola y su silla de ruedas, suponía depender siempre de alguien. A este alguien, su marido, Lola lo denunció por unos malos tratos que nunca se demostraron.

Volveríamos a apostar a que esta historia tampoco fue precisamente bonita.

Lo atroz

Jesús murió. Antes, esta María Magdalena había desembarcado en una residencia para personas con disminución. Debido a su situación personal, el juez le dio a escoger entre diferentes opciones y decidió entrar allí. Salió al cabo de diez meses: no estaba de acuerdo con la rutina interna de la residencia, no quería pagar nada y, además, mantenía una relación con un chico. Renunció a la plaza y se fue.

Lola cobraba una paga por disminución de unos 370 euros mensuales, pero esto no la salvó de la calle. Sale de la residencia y no tiene a donde ir. No tiene ningún tipo de trato con su madre y su hermana, no tiene amigos y le resulta imposible desenvolverse con normalidad: la silla de ruedas y lo inapelable de su enfermedad se lo impiden. Ella no se dejaba ayudar. Simplemente abandonó la residencia y no encontró techo. Para una mujer joven, gastada pero bonita, sola e inválida, seis semanas durmiendo en la calle debieron resultar atroces. Santa Teresa decía que Dios anda entre los pucheros. Para muchos de los que hacen de la calle su casa, también debe andar entre papeleras, cartones y bocadillos fríos. Quién sabe, Dios es un Misterio.

Lo bello

De repente apareció alguien y le ofreció un cigarrillo. Este alguien era un voluntario, un alguien que rastrea entre los pucheros de Dios, una de esas personas que se preocupa de los demás o, quizás mejor: se ocupa de los demás. Hay muchas personas así pero son demasiado discretas para los tiempos que corren. En fin, hablábamos de Lola. El voluntario-rastreador-en-los-pucheros-de-Dios colabora en una entidad que atiende a personas sin hogar de Barcelona. Después de algunos cigarrillos, Lola accedió a que el voluntario la acompañara hasta el centro que la entidad tiene en el casco antiguo de la ciudad.

Llegó dando guerra una tarde de agosto. Había estado durmiendo en la calle seis semanas y no estaba de muy buen humor. No era agradecida, ni especialmente simpática y tenía un pronto muy malo. Se duchó. El jabón, un poquito de crema hidratante, el desodorante y un cortauñas ayudaron a descubrir una mujer diferente. Más simpática no, pero ahí estaba ella: treinta años y unos ojos enormes. A partir de ese momento, empezó

a ir al centro por las tardes. Era bastante arisca y no mostraba confianza. Pero volvía. Aparte de las tardes en el centro, dormía cerca del mar y pasaba las horas vagando gracias a los autobuses. El mar es muy romántico pero si se convierte en tu lecho diario pierde poesía. Lo prosaico era encontrar algún sitio para ella. Se le propuso el albergue municipal pero no aguantó ni una semana. Otra vez a la calle.

Finalmente, y gracias al trabajo de muchos, ha tenido acceso a un piso provisional de planta baja en el que puede recibir atención domiciliaria. Ella, la incapacitada, no abre la puerta a nadie, ni siquiera a los que van a echarle una mano. Curioso, ¿no? Pero bueno, todas las vidas tienen su desconcierto, su peculiar contradicción. De hecho, Lola no quiere que nadie la ayude porque cree que puede con todo, que su enfermedad tiene cura y que va a recuperar a sus hijas. Debe pensar que todo es un malentendido.

No entender resulta tan cotidiano, tan habitual, que no nos debería sorprender demasiado. Nos comprendemos poco los unos a los otros e incluso batallamos con nosotros mismos, viéndonos diferentes a lo que esperábamos. Lola, como cualquiera, nunca soñó con una silla de ruedas ni con una enfermedad. Nunca soñó con lo tremendo de una vida tremenda. Somos iguales en relación a los sueños que tenemos, en relación a lo que esperamos que nos suceda, que siempre tiene el color de lo bueno.

Lola soñó para ella lo mismo que sueñan otros, pero la suerte no estuvo de su parte. Dios no repartió suerte. ¿Qué harías si sólo le vieras la espalda al mundo? ¿Apostarías algo a que todo irá siempre bien? ¿Alguien a quien amas se quebró? ¿Recuerdas tu último mal día? ¿No habrá gente que vive siempre en un mal día eterno?

La pistola con la que la vida juega a la ruleta rusa con Lola siempre está cargada. Siempre le quedan balas.

7. EL PEREGRINO

~~Tal vez son gente solitaria porque no hay episodios positivos en sus biografías. Muchos pasaron su infancia en orfanato como “El Asilo Durán”, donde no se podía sustituir el afecto de la familia. También nos explican sus gloriosas experiencias en “la Legión” donde tampoco se cumplieron sus sueños. Si han pasado por la prisión les ha servido para endurecer, aún más, unas vidas esculpidas a golpes.~~

Un bebé. Hace pocos minutos que ha nacido. Empieza a buscar el pecho de la madre y espera con impaciencia la primera dosis del calor de un beso, de un abrazo o de unas caricias de quien ha sido durante nueve meses su refugio. Quizás recibirá unos abrazos y unos cuantos besos, quizás tomará un poco de leche. No lo sabemos con certeza pero, sea lo que sea, no serán muchos besos, ni muchos abrazos, ni muchos lloros los que alguien intentará calmar. Acaba de nacer una nueva vida, pero se marcha otra; la vida de la madre da paso a la de José.

Un niño. Juega, se pelea, se esconde, ríe y llora como otros niños de su edad, compañeros tanto de día como de noche. Su hermana mayor y sus otros cuatro hermanos también están en centros de protección, mientras el padre y su segunda mujer deciden recorrer otros caminos. De vez en cuando se pregunta: ¿Dónde estará mi madre? ¿Por qué se ha marchado mi padre? ¿Dónde están aquellas cinco pequeñas miradas curiosas y tiernas que recuerdo vagamente?

Un joven. Sueña que es feliz mientras hace maniobras con el fusil con el resto de legionarios con los que compartirá años de entrenamiento físico extremo, repitiéndose día a día la importancia y el valor del honor, del deber y del sacrificio. Inconscientemente, intentará recuperar de sus recuerdos el amor de la madre que conoció muy poco, pero de quien guarda un buen recuerdo. Pensará que es un héroe que cumple todo lo que empieza, evitando repetir la historia del padre de quien se siente abandonado.

Un hombre. Una reacción equivocada, un impulso desmesurado, un montón de rabia contenida y soltada de golpe, una falta de control o, incluso una acción premeditada, hacen que un día se despierte en una celda que le priva de la libertad que recibió el día en que nació. Una peregrinación que pasa por un centro de protección, por el ejército, por la cárcel y por la calle, en la que vivirá muchos años de su vida.

El pelo despeinado, liso y gris, hace juego con una barba poblada y envuelve una cabeza en la que se descubren dos ojos oscuros, protegidos por unas cejas redondas y un poco puntiagudas. La nariz y los pómulos marcados y un poco rojos están cubiertos por la única parte lisa de su piel. Con la mirada simpática y de niño travieso, está sentado en un banco tan sólo acompañado de Colega, su perro. Bebe un poco de vino antes de levantarse para preparar los cartones que le ayudarán a estar más comfortable mientras duerme en el cajero. Esta noche se repetirá la imagen de alguien durmiendo entre cartones, tocando un aparato blindado con miles de euros que no podrá usar. De todas formas, José ya hace muchos años que está acostumbrado.

Una vez pasada la noche, se despierta y esconde los cartones. Si tiene algún euro en el bolsillo, comprará un poco de vino o alguna cosa para comer; si no, esperará a que pase la mañana para ver si cae alguna cosa. Buscará un banco en el que sentarse con Colega.

Las horas pasan. Se acercan dos personas que le saludan e intentan hablar con él, como si ya le conociesen, pero él no les hace mucho caso y continúan andando como si nada. Con el tiempo le empezarán a ser familiares y, en algunos meses, conocidas.

Es desconfiado, pero un buen día decide aceptar la oferta que le proponen: un lugar en el que pasar la tarde, una ducha y ropa limpia. Se le brinda una pequeña oportunidad, pero el alcohol, sumado a los muchos años viviendo en la calle y a la historia que arrastra, se esfuerza inagotablemente en ahogar cualquier esperanza. Pero ahora ya no está solo y poco a poco se sentirá más acompañado. Empieza a enraizarse en una nueva etapa de la vida en la que tendrá ojos que le miren y palabras que busquen consolarle. Las que más agradecerá serán las que vengan de las sonrisas de las chicas guapas.

De vez en cuando se pasa por el centro por propia iniciativa o porque alguien le acompaña. Sabe que es bien recibido, sabe que puede ir cuando quiera, sabe que encontrará gente que se alegra de verle y también sabe que se encontrará un poco menos solo. Irá un rato y volverá a marcharse o se duchará y le darán ropa limpia y un pañuelo para cubrirle el cuello en el que una incisión para extirparle un cáncer, le dejó con el habla deteriorada. Algunas mañanas participa en el taller dibujando, escribiendo poesía, haciendo cestos, bolas de Navidad y colaborando en la revista *Riereta 24*. A veces pasa meses sin dar señales de vida.

En la calle Gignàs hay una puerta vieja de madera. Es la entrada al bar *de los gallegos*. A la derecha, una barra en la que un cliente juega al ajedrez con un chico que hace de camarero; detrás de él, la cafetera, unas estanterías con diferentes bebidas alcohólicas y pequeñas botellas de cerveza llenas del vino más barato que se puede comprar. A la izquierda hay unas mesas protegidas por hules blancos, ya amarillentos por el paso de los años, con alguien sentado tomando vino, alguien tomando un plato de sopa o alguien con la cabeza encima de la mesa o apoyado en la pared. En el fondo hay un televisor encendido todo el rato. A la izquierda hay un baño, justo al lado de la cocina, de donde salen platos calientes a un precio asequible para aquellos que tienen poco más que un euro en el bolsillo. Cerca de la televisión, pero sin hacerle demasiado caso, está José sentado en una silla sin decir nada, con un vaso de vino al lado, dejando que pase el día acompañado de alguien a quien ha invitado, como hace a menudo.

Siempre ha tenido alguna paga que le ha proporcionado algunos billetes para guardar en un calcetín. De vez en cuando duerme en una pensión, pero tanta soledad no cabe dentro de cuatro paredes. Hoy está harto de la calle y pedirá ayuda para salir, pero mañana necesitará volver: está tan acomodado al asfalto que no hay otro lugar en el que se encuentre más protegido de la soledad y de la tristeza.

Un segundo cáncer. Los médicos le dan esperanzas para curarse si sigue el tratamiento, pero claudica y deja que la enfermedad decida si es conveniente poner fin a su peregrinación. Ha llamado a la muerte y esta vez ha venido a buscarlo. Pero ahora las miradas ya no pasan por delante de él, ni se paran a mirarlo de reojo con curiosidad; ahora hay muchas miradas que su corazón recoge, miradas tiernas que saben cómo se llama, que se sientan a su lado para preguntarle cómo va todo, que le invitan a dormir en una pensión, que le avisan para entrar en la ducha, que le buscan una camisa para que esté bien elegante, que le afeitan, que le sirven, que le acompañan al médico, que le dan cigarrillos, que le hacen fotografías, que se quieren fotografiar con él, que le dicen que tenga paciencia, que lo saludan, que esperan que venga al día siguiente, que se preguntan qué estará haciendo. Se marcha habiendo grabado recuerdos en la mente y en el corazón

de todos los que le han acompañado en sus últimos años hasta el momento de su entierro. Su testamento: un libro de dos páginas que resume toda una vida.

A quien me leyese:

Hay padres que cuando tienen hijos, los tienen para cumplir con ellos el sacro y santo deber de educarlos y amarlos. Pero hay otros que cuando los tienen, no miran por su educación. Y yo, desdichadamente, he sido hijo de uno de estos últimos.

El autor

TRISTEZA

*Tristeza ¿por qué eres a veces
tan profundamente
amarga, dolorosa y dura?
Sólo hay crueldad en tu semblante
veneno en tu entrañas
sequedad en lo que tu sombra abarca.
Yo en mi soledad te acepto como eres, reina y señora,
Y como compañera.
La soledad
me ofrece la meditación,
tu veneno sutil,
la informa y la matiza.
En mi soledad
eres más cerca que nunca.
Tu sombra gris y opaca.
Más no tema hacer sufrir,
ya estoy acostumbrado a ello
Tu víctima predilecta, el autor.*

EL PEREGRINO

*Por los trechos de la vida
voy dejando los jirones
de mi triste juventud.
Sin hallar en mi camino
un regazo piadoso
donde pueda tener paz y quietud,
ni unos ojos que me miren,
o un amigo en mi desgracia,
que me pueda consolar.
Cielo y tierra,
Tierra y cielo,
mi camino es sólo un caminar y caminar.
Soy un peregrino que busca el camino*

*sin patria ni hogar,
un triste despojo
sin llanto en los ojos secos de llorar,
vencido y maltrecho,
llevando en mi pecho, la cruz del sufrir.
Qué negra mi suerte,
que llamo a la muerte
y al verme temblando se aparta de mí.
Yo no sé lo que son los celos
porque a nadie he querido,
sólo sé que es algo dulce
de los besos el sabor.
Sólo sé que soy un Paria
que una noche en mi camino,
moriré cara a la luna
olvidado hasta de Dios.*

EPÍLOGO: “VENID, BENDITOS DE MI PADRE...

~~...porque tuvisteis hambre y nadie os daba de comer, estabais enfermos y nadie os visitaba...”.~~

Esta parodia del evangelio se justifica porque la Iglesia primera enseñaba que acercarse a los pobres es acercarse a los que tienen el cielo seguro sólo por estar como están: como el Lázaro de la parábola evangélica. Esta enseñanza se perdió más tarde cuando las canonizaciones, sin querer, sustituyeron a los pobres por unos santos que son invisibles y no molestan.

Ahí cobra su sentido el texto exacto de las palabras de Jesús (“Me disteis de comer... Me visitasteis”) que no hablan sólo de un dar abstracto (por ejemplo: enviando un dinero desde lejos), el cual será útil pero, a veces, sólo busca descargar la propia conciencia. Sino que hablan de un acercarse a ellos, “tocándolos”, apostando por ellos y confiando en ellos incluso cuando uno no debe fiarse de ellos.

Así ha nacido en buena parte este Cuaderno que está hecho entre los dos: usuarios y voluntarios del centro Arrels. Voluntarios que, según la ideología del centro, son acompañantes pero nunca salvadores, que han llegado muchas veces a la comunión con sus acompañados y, así, entran en esa corriente subterránea de ternura y misericordia que atraviesa sin ruidos la historia humana.

Unos y otros pueden pensar como Raskolnikov, el personaje de Dostoievsky, que, si es que cometieron algún delito, están así no por haberlo cometido, sino porque no lograron triunfar o conquistar el poder a través de él. Mientras que otros más criminales, pero que estaban en el poder, todavía fueron tenidos por bienhechores de su pueblo o del género humano. Así pensaba Raskolnikov, y algo de razón no le faltaba: en el contacto con los sin techo se vuelve a percibir esa “espalda del mundo” a la que preferimos no mirar, porque es más agradable mirar un rostro del mundo embellecido por mil maquillajes engañosos, de los que proporcionan la riqueza o el poder.

Y la paradoja final es que, en esa mirada que todos rehuimos, se cumple aquello tan incomprensible de que “los pobres nos evangelizan”. Nos evangelizan en primer lugar porque nos ponen en nuestro sitio: sin necesidad de una dura ascesis de tipo budista, el deseo se nos modera al contacto con ellos porque, sin decir palabra, nos hacen preguntarnos: “¿de qué me quejo?”, “¿qué derecho tengo a desear o pedir más?”. Y el deseo vencido es una enorme fuente de libertad.

Pero nos evangelizan también porque, como testimonian muchos voluntarios, el contacto con ellos ha sido para sus vidas fuente de un sentido y una plenitud que no buscaban al acudir allí, pero que han recibido “por añadidura”. Que son como “el tesoro escondido” de que hablan los evangelios. Pero que lo han recibido al no buscarlo: porque si se va a los pobres para buscar entonces, paradójicamente, no se encuentra.

Este Cuaderno se cierra, por ello, con una extraña palabra de gratitud a ellos y con la buena noticia de que en este mundo, roto y vacío por el dinero y el consumo, existen espacios con unas posibilidades de reestructuración personal y de calidad humana, que no se encuentran en la irónicamente llamada “cultura de la satisfacción”.

¹ Fundación privada que ha atendido desde 1987 más de 4.500 personas en situación de sin hogar en Barcelona. Basa su tarea en el trabajo voluntario coordinado por profesionales y en los procesos a largo plazo.

² Como quien viaja a lomos de una yegua sombría, / por la ciudad camino no preguntéis a dónde. / Busco acaso un encuentro que me ilumine el día / y no hallo más que puertas que niegan lo que esconden. / Las chimenas vierten su vómito de humo / a un cielo más lejano y más alto. / Por las paredes ocre se desparrama el zumo / de una fruta de sangre crecida en el asfalto. / Ya el campo estará verde, debe de ser primavera / cruza por mi mirada un tren interminable. / El barrio donde habito no es ninguna pradera, / desolado paisaje de antenas y de cables. / Vivo en el número siete, calle melancolía. / Quiero mudarme hace años al barrio de la alegría / pero siempre que lo intento ha salido ya el tranvía / y en la escalera me siento a silbar mi melodía. (*“Calle Melancolía”*

Joaquín Sabina)

© *Cristianisme i Justícia* – Roger de Llúria 13 – 08010

Barcelona T: 93 317 23 38 – Fax: 93 317 10 94 – info@espinal.com –

www.fespinal.com Noviembre 2004.